





## LAS SEÑORITAS

LARGO RECORRIDO, 195

**Enrique Andrés Ruiz**  
**LAS SEÑORITAS**

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2024

© Enrique Andrés Ruiz, 2024  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2024. Cáceres  
info@editorialperiferica.com  
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-93-4  
DEPÓSITO LEGAL: CC-01-2024  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

La señora Vauquer, de soltera Confians...

BALZAC, *Papá Goriot*



PRIMERA PARTE



Hablan sin parar, sin levantar la vista. El murmullo continuo de las voces cruzadas. Están sentadas en el suelo, sobre esteras de cáñamo, lo mismo que en la playa. Se pintan las uñas de los pies. La espalda arqueada, la vista fija sobre los dedos abiertos, separados por algodones. Ya no son jóvenes, al menos para la mirada de los otros. Ellas lo saben a medias, no lo quieren saber.

El sol, fuerte, poblado de partículas de polvo que brillan, menos pesadas que el aire, entra por los miradores abiertos, traza agudos ángulos de inclinación, broncea sus piernas. Las persianas, verdes, hechas de listoncillos muy delgados, están subidas y enrolladas en un rulo sujeto por su propio cordón, que termina en una bellota de madera. La tarde de verano, espléndida, interminable, suspendida de una hora imprecisa. Las tarimas, calientes, desprenden el olor del viejo barniz de ámbar que se resquebraja en las juntas, como si de un momento a otro fuera a revivir algo desde ese acristalamiento fósil.

Hablan como si no hablaran. La indolencia, la banalidad. Conversaciones fortuitas de las que entran y salen como de un autobús. Las voces, muy tenues, se encabalgan una sobre otra como las fibras entrelazadas de un cordel grueso, la onda de un semitono.

No se miran, no hace falta; los ojos siguen con atención el perfil que el pequeño pincel dibuja sobre la uña, sin manchar la lúnula. Encima de una revista desplegada, con protuberancias de manchas reseca, hay frascos de acetona, blancos vellones de algodón desperdigados, algunos de ellos apretados sobre una mínima gota de sangre; tenacillas, limas rojas.

Entre estas mujeres hay jerarquías; las reacciones de cada una cambian al contacto con las otras, según con quién. A menudo, para contestar a Mercedes la voz de Emi irrumpe airada, fuera de tono, a la defensiva. Sabe a su hermana superior en edad, dignidad y gobierno. Mercedes es la mayor, nació en 1926, tiene perfecta memoria de la guerra. Cuando la madre murió, bastante joven, ella la suplantó en su puesto y cuidó de sus hermanas, las sometió. El padre se volcó en la dirección de la industria familiar de alcoholes y compuestos químicos. Los hermanos han muerto, también. Esa forzosa asunción de competencias ha modelado el carácter de Mercedes igual que un recipiente determina la forma de su contenido.

Como las de los héroes de la épica, su personalidad no está sometida al cambio. O quizá ocurrió a la inversa, que su carácter fuera primero y conformara luego su función: eso es lo que piensa mucha gente cercana poco dispuesta a disculpar su altivez, que puede llegar a ser ríspida.

¡Sabrás tú!, suele decir Mercedes a María Emilia, la hermana pequeña, para desdeñar sus intervenciones. ¡Anda que tú!, responde Emi, ¡Siempre tienes que llevar razón! Emi se siente excluida, humillada por el papel subalterno al que está relegada. La pequeña Emi, rebelde y nerviosa, inconsistente. Tienes la mecha muy corta, Emi, le dice Charo. En ocasiones, está a punto de llorar. Alrededor, las risas acalladas de las otras la enfurecen aún más.

El chiste macho de Charo, la audacia de sus palabrotas templan los ánimos. Es descarada, impone su mundanidad, continuamente muestra a las otras que no son capaces de su irreverencia, presas de la ñoñería provinciana. Unas monjas, dice. Trabaja en el hospital de La Paz, en Madrid, en los laboratorios. Va todos los veranos con su madre, una anciana pizpireta y completamente sorda, a pasar una quincena en casa de sus amigas. Con su madre y con Mayo, grande y misteriosa, que sale en tromba del enorme coche negro lanzando látigos de babas, babas de pastor alemán. Charo fuma; es muy delgada, con brazos largos que semejan ramas; tiene siempre a su alcance un bolsito verde de piel donde guarda el paquete de tabaco y un pesado encendedor de oro, regalo de Armando, el novio perpetuo y esquivo. Mercedes se permite con ella la condescendencia: su posición no necesita ser afirmada. Lo que piensa de Charo ésta lo sabe muy bien, pero todas –menos Emi, quizá– conocen a la perfección la red que las une, su régimen político, de qué está hecha la malla de luz y calor en la que dejan pasar las horas muertas.

Hay que aguzar el oído para darse cuenta de que, también en el suelo, junto al borde doblado de la alfombra, con la antena rota, está sonando un transistor. No lo escuchan; a esta hora deben de estar emitiendo alguna radionovela entre pausas de publicidad y fuertes aldabonazos musicales que preceden a los momentos de intensidad dramática. Una tragedia que nunca termina ni se sabe cómo empezó. Aun diciéndose a sí mismas que todavía son jóvenes, sienten cierto orgullo, más propio de gente mayor de verdad, por lo que consideran sus experiencias. Un orgullo que incluye dolor acumulado, penas cicatrizadas, todo lo que, según piensan ellas (sin llegar a pensarlo, en realidad), pueden haber sufrido para bien, para dibujar sus rostros con

mayor resolución y firmeza, delimitándolos, haciéndolos singulares, únicos, de una calidad más alta, como el de Nefertiti. Las maderas endurecidas por el fuego, los metales al rojo templados por el agua.

Por la calle, apenas pasan coches. Motocicletas que chirrían desagradablemente. Cuando avance la tarde, subirá algo el volumen del rumor de la vida por ahí abajo. Una voz, el encuentro de dos personas en la acera se cuelan a veces por los miradores abiertos. La conversación en el interior cambia de repente: las mujeres han reconocido o han creído reconocer esa voz, les ha traído el recuerdo de un asunto reciente, un cotilleo. La prima Mila es la especialista. Pero la prima Mila, a la que Dedi siempre ha considerado, además, una de sus mejores amigas, hace ya tiempo que no acude a estas reuniones, desde poco después de su matrimonio. Estos convivios en los que sienten el raro placer de su afirmación en el presente. Normalmente no es así, normalmente, unas veces más y otras menos, viven como si la vida estuviera en otra parte, o hubiera estado, o fuera a estarlo, en un futuro más o menos promisorio y su circunstancia actual se pareciera a una molesta, gris y demasiado larga escala de tránsito entre dos estaciones inundadas de luz.

En la casa hay cuartos, alcobas que ya no se usan desde hace mucho tiempo, camas que pueden llevar hechas diez, quince años sin que nadie las haya tocado. A veces Dedi descubre las sábanas bajo una colcha que despide olor a polvo cuando la levanta, comprueba que el bozo bordado con bodoques y delgadas cenefas sigue allí, que aquella especie de escritura sigue allí, en aquella oscuridad silenciosa que parece haber sido importunada. Anchos cajones con mantelerías bordadas, de pliegues endurecidos; papeles de seda entre bloques de servilletas plegadas en triángulos.

Armarios con trajes de hombre, camiones gastados, sombreros de fieltro negro en hondas cajas de cartón. La penumbra en esas habitaciones cerradas, con las persianas bajas. Al entrar se nota en la cara un calor sofocante. Al salir, cerrando la puerta, Dedi tiene la impresión de estar a salvo de nuevo, en la vida del mundo.

Al sol de la tertulia, los temas de la charla son indiferentes, enseguida se ve que para ellas se trata de liberar una energía que escapa suave, dulcemente, como una fuga de gas. La tarde se desliza. El pelo rapado, contestatario, muy negro, de Charo, es el de un pillastre más o menos literario o cinematográfico, aunque muy estudiado. Dedi, castaña clara, casi rubia, lo lleva recogido en una pequeña coleta. Hace lo que sea por cortar tensiones y disputas, no las soporta, por lo general entre Mercedes y Emi, entre Emi y Charo.

—Ay, chica, dejadlo ya. Tengo el pelo fatal, esta vez me lo han dejado seco, pajizo. Un horror, estas puntas. Pues cuando vaya pienso decírselo... —Y se levanta deshaciéndose la coleta y sacudiéndose del regazo el polvillo de uñas que ha desprendido la lima. Mayo levanta el hocico, alza las orejas, puntiagudas.

El paso del sol las hace moverse lentamente; cambian de posición, se frotan las piernas lisas, bruñidas después de los días, los huesos de las rodillas agudamente marcados. Se arrancan con las pinzas pequeñas puntas de vello rebelde.

—Pues yo... estoy harta, parezco una momia. Mira esta, con dos días en el campo y ya ha cogido color —refunfuña Emi.

—Se estaba tan bien en la torca... Ya tenía ganas —dice Charo—. Todo el invierno en conserva, como las anchoas.

—¡Pero estaría el agua muy fría, brrr!

—¡Qué va! Sólo al entrar.

El tiempo está hecho con la tibia urdimbre de la inconsciencia. Los días que antaño prometía el futuro han sido drásticamente cortados de la actualidad con una cuchilla de olvido, en una operación de supervivencia, también inconsciente y efectiva. De ellos queda una fosforescencia azul, como la de los lentos atardeceres de verano que se resisten a desaparecer del todo, disueltos en la noche. Ellas no se darán cuenta hasta la muerte definitiva de su estela, pero todo –el Todo, esférico y completo, de la existencia– ha pasado ya, como un cometa, y, entonces, sorprendidas, les parecerá descubrirlo cuando ya es tarde. Las viñetas publicitarias descoloridas de la revista *Meridiano*; las fotos de labores del *Burda*, faldas de vuelo, blusas sin mangas, pañuelos y gafas; melenas cortas como las de los anuncios de Vespa, de Cinzano. Mujeres sentadas en el asiento de atrás, con los brazos desnudos en la cintura de un hombre que luce una camisa blanca, arremangada, por una carretera de la costa, entre los acantilados y el mar. No tiran nada: las revistas se apilan, se apelmazan en un enorme cesto de mimbre al que antes iba a parar la ropa para la plancha.

–He soñado con Anachu –dice Mercedes–. Este año no hemos llamado ni por su santo. Qué horror.

–Ni por el de Agustín... ¿Qué será de ellos? –dice Emi–. El día de la Candelaria, no se me olvida.

–Pues esta vez se te ha olvidado, rica.

–¡Qué graciosa! ¿Y a ti?, ¿no se te olvida nada? No, claro, tú eres doña Perfecta.

–La hija hablaba con el capitán aquel... –dice Mercedes, como si no oyera las palabras de Emi–. Es lo último que nos dijo Anachu. ¿Cómo se llamaba?

–Goyoaga..., Paco Goyoaga –recuerda Dedi.

–Aunque eso es más bien lo que ellos hubieran querido, me parece a mí. –Mercedes y su jarro de agua fría.

–Era campeón de salto. –Dedi levanta la cara, entorna los ojos–. Me acuerdo, un día, en Fadura...

–¡Anda! ¡Pues no hace tiempo de eso! –Emi cortaba con dureza; era brusca, morena, con el pelo revuelto, mal cortado. Entre el pelo rapado de Charo y el de Emi había la misma diferencia que puede haber entre la sofisticación y la ingenuidad, entre quien no sabe que su vestido es un adefesio y quien va hecho un adefesio a sabiendas, emitiendo una señal.

–No hace tanto.

–¡Lo dirás tú!

–Además –Mercedes retoma el hilo–, no sé si llegaron a salir siquiera. La niña iba detrás, eso sí, pero... no sé. Aunque una vez nos invitó a una fiesta y comentó que estaría Paco Goyoaga, el campeón de salto, dijo.

–Pero no fuimos, porque fue cuando lo de la niña de Mila... –dice Emi.

–Que no, que no hace tanto.

–Lo que tú digas.

–No sé. Yo creo que no.

–Mira, esta es la falda que decías, Dedi. ¿No es ésta? La veo larga, demasiado larga, un faldón. –Emi le había lanzado la revista, que revoloteó como desplumándose en el aire hasta chafarse contra su hermana. Dedi perdió las gafas al querer darle caza, al intentarlo, mejor dicho, porque cuando pretendió atraparla la envió más lejos todavía. Mayo se levantó de un respingo.

–Qué bruta eres, Emi.

Charo se estira en el suelo para alcanzarla; su vestido, ligero, estampado con pequeños dibujos de barcos, con botones de arriba a abajo, como una bata, se abre mientras ella

se deja caer con una pierna estirada hacia arriba. El brazo queda debajo del costado, se lo tuerce, lanza un grito, vuelca el frasquito de acetona; sobre la alfombra se derrama un líquido transparente, denso, que esparce lentamente en el aire su aroma químico y atrayente de droga fría.

–Ay, no llego. Me he hecho daño.

–Porque eres muy bruta, Emi... –dice Dedi. No hacía falta que Mercedes hablase.

–¡Así hacéis deporte! Además, oye, rica, ya está bien. Siempre que si eres tal que si eres cual... Estoy harta. ¡Pues sí que tú eres la de Mónaco! ¡Señorita, más que señorita!

Aparentan desdén al recordar otros tiempos, como si con ese desprecio fueran capaces de despojarlos de brillo, de esa luz que proyectada desde el fondo, ilumina todavía el presente, como la de la rada pintada en un telón de teatro, una luz que en realidad las hiere. A Dedi sobre todo. Tiene un sensor más afinado que las otras para captar el calor de esas radiaciones.

Emi y Mercedes, aunque por razones distintas, parecen cauterizadas. Emi es inmediata, primaria, callejera. Eres como un chico, le dice Mercedes. Las decisiones de la hermana mayor afectan a la casa entera. Ha renunciado hace mucho a la luz de las calles, prefiere salir al anochecer, nadie discute sus opiniones; los gruñidos y aspavientos de Emi no son contestaciones que deban tenerse en cuenta, se deshacen en el aire sin caer en tierra, como pompas de jabón.

Dedi es guapa a la manera de un muchacho gitano; su tez parece haber sido oscurecida por la intemperie imaginaria en otro lugar anterior, en otra vida, junto a una familia de pastores nómadas, o de alpinistas. Para vestir escoge colores con un gusto inconfundiblemente imprevisto que luego siempre acaba siendo acertado. En cierto modo se lo

descubre a las demás, igual que los libros: es entre ellas, salvo Charo y su continua exhibición de esnobismo, la única lectora y recuerda *Nuestra Señora de París*, *Cumbres borrascosas*... En su día, su prima Mila también había leído los libros de Pearl S. Buck, de Lajos Zilahy. Ahora Dedi la echa mucho de menos, piensa en ella y se le viene a la cabeza el lío de su casa, de sus hijos, su desbarajuste, como lo llama Mercedes, y ve alrededor de su figura un paisaje en el que se ha producido un temblor subterráneo que lo ha arrasado todo, vigas partidas y humeantes, cauces desbordados, maderas que flotan.

Dedi habla francés, a veces pronuncia palabras y expresiones que parecen de otro mundo; dibuja blocs enteros con caras de muñecas que se reducen a cuatro trazos sintéticos, la misma cara replicada en múltiples figuras vestidas de manera diferente. Sale del portal a la calle con sus ojos enfermos doliéndose del paso de la sombra a la luz; anda con la cautela que le permite su mala visión, con los brazos algo separados de la cintura, flexionados en ángulo para sostener el bolso, con los dedos de las manos abiertos. Parece un gesto aprendido en las revistas, pero no es así. Sus maneras, en general, son involuntarias; su involuntaria sonrisa, su involuntaria bondad. La magia de su ser es inconsciente, no es obra suya: es un don de la naturaleza. Esto multiplica su atractivo, el de sus mínimos gestos —el modo de bajar la barbilla inclinando a un lado la cabeza—, ante los que cualquier equivalencia verbal, cualquier descripción tejida con palabras resultaría de una pobreza ridícula. Su encanto pertenece al instante que pasa.

Sus silencios, muy frecuentes, son inquietantes, como ciertas sentencias casi incomprensibles con las que suele intervenir en medio de las voces cruzadas de las otras, con intención cómica, con doble sentido. Ese sentido nadie lo

capta. Ella prefiere no hacerse visible, pasar desapercibida. No discute jamás, no porfía. Cuando calla, es como si en ese silencio le estuviera mordiendo algo recordado. Pero quizá sea una sugestión de quien la mira, originada en la ansiedad que siente todo el mundo por explicarse lo excepcional, por hacerlo todo explícito. Y eso era ajeno a ella por completo.

Actúa, en fin, como si no supiera nada de sí misma, la primera exigencia de las personas cautivadoras. Le gustaría un mundo más dulce, de sonidos más suaves y colores más matizados. Un mundo sin daño. Le gustan las cosas pequeñas. No aborda trabajos que impliquen gran esfuerzo. Ordena pequeñas cajas que antiguas amigas de su madre, algunas desconocidas, han hecho para ella con hilos de seda, o de marquetería, con láminas de maderas claras y fibras de paja teñidas de colores. En ellas guarda felicitaciones de Navidad, tarjetas de pésame con un ribete negro, fotografías hechas en verano. Ordena cajones, armarios sin mucho empeño en expurgarlos; no tira nada. Puede estar horas haciéndolo, con los dedos en vilo de un pianista que no se decidiera a tocar. No llega nunca al fondo, ni de las cajas ni de los armarios. Ni de las cosas. El suyo, como el de los patinadores sobre hielo, como el de los reflejos del sol en el agua, es un resplandor que vive en la superficie, en la delgada piel de la contingencia. No conoce la razón de su manera de decir, de mirar, de escribir, de hacer el envoltorio para un regalo. No quiere indagar. Es una desconocida.

Su prima Mila y puede que Asun, de la que había sido inseparable desde que eran pequeñas, conocen quizá parte de su enigma, aunque no del todo. Tal vez esa verdad sea más accesible, como en un vislumbre, para alguien que no pertenezca al círculo inmediato: hace falta alguna distancia, cierta exterioridad, igual que la del camarero del bar de

carretera a quien abre su corazón derrotado el hombre de paso. Charo se ha convertido ahora en su nueva mejor amiga.

Hablar de ella intentando describirla es como condenarse a dar rodeos infinitos sin encontrar nunca el camino hacia el centro, hacia la plaza de una capital extranjera, perdidos por los anillos de la ciudad medieval, solía decir Juan De-traux, un amigo de la casa, y el mejor amigo de Dedi desde que eran niños; la conocía muy bien. Quien se paraba a mirarla detectaba en su imagen una especie de insuficiencia que las palabras, al tratar de capturarla, ni siquiera la rozaban, como si nunca la pudieran reflejar por completo. Se parecía al tiempo vivo, a la luz del momento.

—Hay personas guapas que en realidad son feas, y personas feas, guapas —dice Mercedes al ver las fotografías de la revista. Charo alarga hacia ella la cabeza.